

# EN MANOS DE GEA

MARÍA ROMERO PÉREZ



roomie  
EDICIONES 



MARÍA ROMERO PÉREZ

# EN MANOS DE GEA



roomie  
EDICIONES 

© de la obra: María Romero Pérez

© de la corrección: María Coma y Gonnhe

© de las galeradas: Estefanía Carmona (Jacaranda Servicios Editoriales)

© de la ilustración de cubierta: Paula Espinosa Abechucu

© del diseño gráfico de cubierta e interiores: Gonnhe

© de la presente edición: Roomie Ediciones

[www.roomieediciones.com](http://www.roomieediciones.com)

   RoomieEdiciones

Impreso en España / *Printed in Spain*

ISBN: 978-84-125886-2-0

Depósito legal: V-1231-2023

Thema / IBIC: YFE, YFK, YX / YFG, YNR, YX

## AVISO DE CONTENIDO SENSIBLE

**Atención:** esta información puede contener datos relevantes sobre la trama.

Aborto, maltrato infantil; canibalismo; muerte, sangre, violencia.

Todos los derechos reservados.

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por ley.

A Isma y Marta,  
por haber estado desde la primera frase hasta el punto final.

# Prólogo

Cuenta la leyenda que Gea nació entre los gritos de júbilo y el silencio de las muertes. Antes de ella, no existía otro planeta que hubiese podido compararse con la Antigua Tierra; rebosaba tanta vida y color que el universo entero se sentía mediocre a su lado.

Sin embargo, fue esa misma vida la que empezó a multiplicarse sin control y a dañar la esfera que le daba cobijo. Los humanos firmaron su sentencia de muerte en el momento en el que se dejaron contaminar por el amor, la codicia, la envidia y el poder. Su fuerza, casi tan grande como su estupidez, los llevó a destruir algunas zonas, y aquello le causó heridas a un suelo cada vez más oscuro, infértil y débil. Su intelecto, de un tamaño similar, les permitió viajar por las estrellas con artilugios que crearon con sus propias manos. No teniendo suficiente con el peligro que suponían para la propia Antigua Tierra, intentaron convertir el espacio exterior en su propiedad, como todas aquellas áreas y personas que marcaban y aniquilaban a su antojo.

Solo se olvidaron de un detalle: el universo no está hecho para los humanos.

Cuenta la leyenda que Júpiter fue el primero en alarmarse y que cada una de sus lunas hizo correr la voz sobre el plan que había ideado para frenar el problema. Así, Neptuno, Urano, Saturno, Marte, Venus y

Mercurio también le prestaron atención al planeta que se hundía: coincidieron en que la detención debía ser inmediata si querían proteger sus superficies de los humanos. Por ello, tal y como el planeta líder propuso, cada uno de los siete se arrancó un pedazo de su propia materia para garantizar el exterminio de la Antigua Tierra.

Júpiter lanzó la primera piedra, tan rápida y pesada que aplastó el más extenso de los continentes. Mercurio, Saturno y Venus siguieron su ejemplo. Neptuno y Urano tardaron más porque querían asegurarse de apuntar con la mayor precisión posible; de esta forma, dos enormes rocas cubrieron el terreno restante. Únicamente quedó una porción tan ridícula que incluso un asteroide diminuto hubiese podido rematarla. Los seis planetas alentaron a Marte y las estrellas brillaron con más luz que nunca.

Entre el caos, nadie se dio cuenta de lo mucho que estaba temblando el planeta rojo. Marte no pudo evitar romperse nada más oír el primer sollozo de una Tierra de la que llevaba incontables años enamorado. Sosteniendo ese fragmento de materia que contenía mucha pena y poco deseo de destrucción, se sintió más pequeño que de costumbre ante la atenta mirada de unos astros que comenzaban a enfadarse.

«¡Lánzala!», coreaba el universo.

Marte intentó apuntar hacia el único resquicio de aquello que él también había visto crecer. Era una zona virgen, llena de una naturaleza que le recordó a la Antigua Tierra de joven. Alrededor, gobernaba el polvo; no podía verse nada más sobre los campos o el mar. En medio del desastre, sintió cómo la esfera le rogaba piedad.

Terminó lanzando su pedazo. Fue entonces cuando pudo oír la felicidad del universo por encima del alarido de su víctima, que cerró los ojos para desangrarse a través de la polvareda levantada.

«¡Se desvía!», rabió Júpiter para acallar los vítores generales. La dicha cesó mientras Marte esbozaba una sonrisa de cráteres. El meteorito había dejado libre parte de aquel fragmento.

Así es como Gea no solo nació del más puro deseo de venganza manifestado a través de los gritos y las muertes, sino también de la piedad.

Durante sus primeros minutos de vida, solo escuchó insultos hacia el planeta rojo, que seguía temblando. Los presentes sabían que el único culpable de aquel estropicio era el amor incondicional que tanto habían condenado, de ahí el disgusto. También sintieron que habían fracasado, puesto que ningún planeta podía desprenderse de más materia; al menos no todavía.

Cuenta la leyenda que, entre el odio que llegaba desde cada rincón del universo para concentrarse en un único punto, Júpiter soltó una carcajada que duró varios días. Cuando finalizó, decidió dar su discurso y cambiar nuestro destino.

Declaró que, tras aquella ofensa, el sistema solar en el que todos se encontraban pasaba a ser un universo independiente —parte del Gran Universo— y, convencido de que la falta de aprecio era el mayor de los castigos, habló entonces de los seis planetas que lo componían. Marte, colmado de vergüenza, no puso pegas ante la exclusión.

Acto seguido, Júpiter clavó la mirada en aquel pedazo de tierra y lo llamó Gea por razones que no explicó. Sin tapujos, anunció que no le importaría perder una de sus lunas para acabar con él, como Marte debería haber hecho. Tras esto, advirtió que en aquel pequeño universo que había surgido de la extinción no habría lugar para el amor, la traición o la desobediencia; suficiente daño y debilidad habían causado ya esos sentimientos.



Consciente de que alguien lo estaba escuchando desde Gea, dejó claro que lo destruido quedaba destruido y que nunca más volvería a llenarse de vida. Júpiter detestaba la existencia que había visto pudrirse y corromperse en aquella esfera. De este modo, decidió que los seis controlarían el nacimiento en el territorio para evitar una nueva masacre.

Cuenta la leyenda que el resto de astros se limitó a asentir con la atención puesta en la única superficie que había sobrevivido. Y, entonces, Júpiter se convirtió en el planeta que duerme con una luna bajo el brazo, Marte pasó a ser conocido como materia inútil y la Antigua Tierra dejó de ser.



La leyenda también habla de lo que ocurría en la Antigua Tierra mientras se dibujaban trayectorias mortales en el cielo, concretamente en una cueva situada en Gea. La sacudida que provocó la primera piedra zarandó el mundo entero, aunque no fue hasta la última, aquella que pasó rozándola, cuando la modesta zona natural tan cercana al trópico vibró de verdad.

Aquí es donde Darell comenzó a ser importante para nuestro universo. Él y su esposa salieron de la cueva en la que habían decidido refugiarse del calor horas antes. Ambos se abrazaron tras descubrir que el cuarto de los temblores iba acompañado de un trazo en el cielo. Con miedo, decidieron volver a entrar en el refugio, convencidos de que habría alguna explicación. La tierra era demasiado hermosa para desaparecer, los humanos eran demasiado fuertes y talentosos como para permitir algo así.

El último golpe zarandeó cada árbol, desbordó cada río y destrozó todo aquello que se elevaba por encima del suelo, incluida la cueva donde la pareja se apretaba las manos. Él reaccionó rápido y, pese a que estaban cogidos, ella se movió demasiado lento. Una roca rompió la unión cuando se precipitó sobre la chica para sepultarla desde la cintura hasta la cabeza. Habiendo contemplado a tan solo milímetros la escena más trágica de su vida, Darell profirió el grito más amargo que su garganta le permitió; duró tanto que su voz terminó quebrándose. De igual modo, todo su ser estaba roto.

La gravilla que se le posó en el hombro consiguió sacarlo de la conmoción. El temblor seguía y, aunque él mejor que nadie sabía de su ferocidad, fue incapaz de ponerse en pie para huir. Recorría con la mirada lo único que quedaba de su esposa porque era incapaz de hacerlo con las manos; de despedirse de ella con una caricia que abarcase desde los pies hasta la cadera que se hundía bajo los escombros.

Cuenta la leyenda que la montaña se vino abajo hasta tal punto que a Darell le resultó imposible abandonar la cueva. Pasó muchas horas de espaldas a aquellas piernas, bebiendo únicamente la soledad y la saliva que se le acumulaba en las comisuras de los labios. El segundo día comenzó a caer agua del cielo, como si sus deseos se hubiesen hecho realidad. Recibió aquel regalo tumbado hacia arriba y con la boca abierta de par en par.

La lluvia le despejó la mente, que a su vez le despertó el apetito. Trató de descender de nuevo, pero notar cómo el suelo se desprendía bajo sus pies le impidió seguir. Era consciente de que no aguantaría mucho más, de que no tardaría en desplomarse sobre los pies de su mujer para satisfacer así a aquella roca a la que le había robado una

muerte. ¿Acaso alguien acudiría a salvarlo? ¿Acaso quedaba alguien siquiera?

No fue hasta el tercer día cuando se sintió repugnante por pensar durante un instante en comerse a su mujer.

Un «¿hola?» fue su primera palabra después de tanto tiempo en silencio. Llevaba un buen rato escuchando una carcajada que resonaba por todas las direcciones. Preguntó varias veces, pero nadie respondió. Desistió en cuanto el hambre lo mareó tanto que tuvo que tumbarse. La luz del cielo lo cegaba y, al cerrar los ojos, solo se concentraba en esa risa que no cesaba. Cuando intentaba dormir, no podía visualizar más que miles de piedras cayendo del cielo y aplastándole cada uno de los huesos.

Cuenta la leyenda que, llegados a ese punto, creyó que se había vuelto loco de verdad. Tal vez fue la excusa que tuvo que venderse a sí mismo para, al fin, arrancarle a pedradas la pierna derecha a su mujer. Con los ojos cerrados, devoró el muslo entero y lo apartó con desdén. A partir de entonces, ya no se contuvo: cada vez que el estómago le rugía, se servía del cuerpo que seguía llenándole de vida. La culpa, al principio insoportable, empezó a disiparse junto a la tristeza.

La carcajada de Júpiter lo acompañó durante un festín que duró varios días; por suerte, la llegada del frío repentino había mantenido el cadáver lo suficientemente comestible. Darell ya se había acostumbrado al sonido ambiente, al suelo húmedo y a las innumerables irregularidades de la roca que se le clavaba en la espalda. El vientre le pesaba tanto en ese momento que levantarse se le antojaba imposible. Antes, el ruido del hambre se mezclaba con aquella risa infinita; en ese momento, ya ni eso.

A su alrededor, todos los huesos colocados de una manera muy concreta denotaban que, además de alimento, también le habían servido como entretenimiento.

Cuenta la leyenda que Júpiter se dirigió a él cuando soltó el último. Darell se sobresaltó ante el cese de una carcajada que fue precedida por un discurso al que prestó una atención sobresaliente. Esa voz le explicó la lluvia de meteoritos y la muerte de su propia esposa. Esa voz le explicó que estaba en Gea y que él mismo sería el encargado de controlarla, porque los restos que lo rodeaban eran la muestra de que su deseo de sobrevivir estaba por encima de cualquier otro sentimiento.

Conoció entonces a Mercurio, a Venus, a Saturno, a Urano y a Neptuno. Darell se olvidó de Marte y se contagió al instante del desprecio hacia la Antigua Tierra. Júpiter era tan claro que el hombre dejó de tener dudas sobre su locura: el planeta se estaba comunicando con él de verdad, por lo que estaba más cuerdo que en toda su vida.

El líder se encariñó con aquel que pudo escucharle, y aquel que pudo escucharle se sintió bendecido por haber resistido al final de una tierra podrida. Después de tantos años menospreciando y cuestionando a aquellos que creían en dioses y oraban, Darell descubrió el significado de la fe.

Una fe que le ofrecía la oportunidad de seguir existiendo. Una fe que le prometía que su alma ascendería entre los planetas y las estrellas. Una fe que le libraría de una muerte tan absurda como la de ser engullido por una montaña.

«En Gea no habrá lugar para el amor, la traición o la desobediencia. Solo mis normas y el deseo de vivir».

Darell miró de reojo la piedra bajo la cual aún estaban el torso y cabeza de la que había sido su mujer. Acto seguido, asintió hacia el cielo, convencido de que el último resquicio de cariño que quedaba en esas tierras había sido enterrado en su estómago.

«Tampoco debéis abandonar el territorio sagrado. Gea es vuestro hogar y todo lo que hay en el polvo traerá la muerte».

El hombre miró más allá, pero no pudo distinguir nada alrededor. Fuera donde fuese, solo quería seguir vivo.

«Y lo más importante: siempre seréis el mismo número de habitantes que sois hoy. Ya no habrá nacimientos sin muertes. Ya no habrá descontrol».

Darell tardó menos en asentir aquella vez. Al final, susurró la pregunta que le rondaba:

—¿Cuántos somos?

Fue la primera vez que el hombre se atrevió a hablarle a una nada de la cual no obtuvo respuesta. Esperó varios minutos antes de tensarse, puesto que no soportaba la sensación de haberse quedado solo de nuevo. Necesitaba como nunca los seis ojos sobre él.

Decidió volver a hacer figuras con los huesos para paliar su nerviosismo. Sin darse cuenta, construyó una estrella.

—Responded, por favor —pedía muy bajito, para que no lo oyesen rogar; aunque, en el fondo, sabía que lo hacían.

Cuenta la leyenda que cuando se quedó sin ideas, el instinto lo obligó a apilar los huesos entre sus piernas para después ordenarlos por tamaños. Tras colocarlos de la forma más paralela posible, sintió curiosidad por contarlos.

—Sesenta y uno —anunció.

Desde algún lugar lejano, Júpiter aplaudió y Darell se percató de que acababa de resolver su propia duda.

«Las casualidades no existen en Gea», le contestó el planeta al fin.

Y Darell lo entendió enseguida: nada de lo que ocurriese a partir de entonces se escaparía de su divina voluntad.



Ni un arañazo. Descendió la montaña con agilidad mientras seguía escuchando las órdenes de Júpiter. Fue encontrando a los supervivientes; la mayoría seguía viendo meteoritos en todas partes. Aun así, delirando y famélicos, fueron reunidos por Darell bajo la promesa de seguridad.

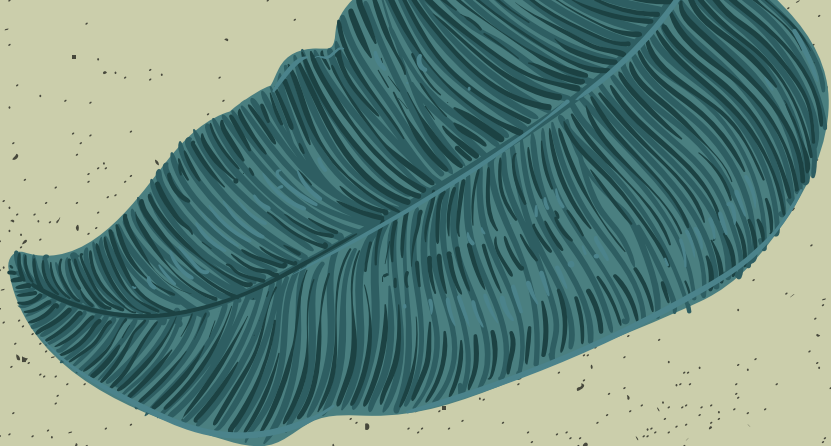
—Bienvenidos a Gea.

En esa ocasión, no susurró. Sesenta personas temblorosas y sin energías vieron en él a un salvador. Nadie se atrevió a inquirir qué eran aquellos huesos que cargaba con orgullo. Nadie se cuestionó absolutamente nada.

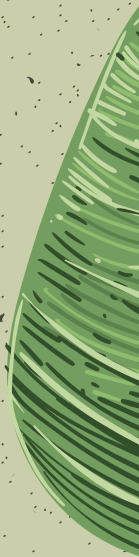
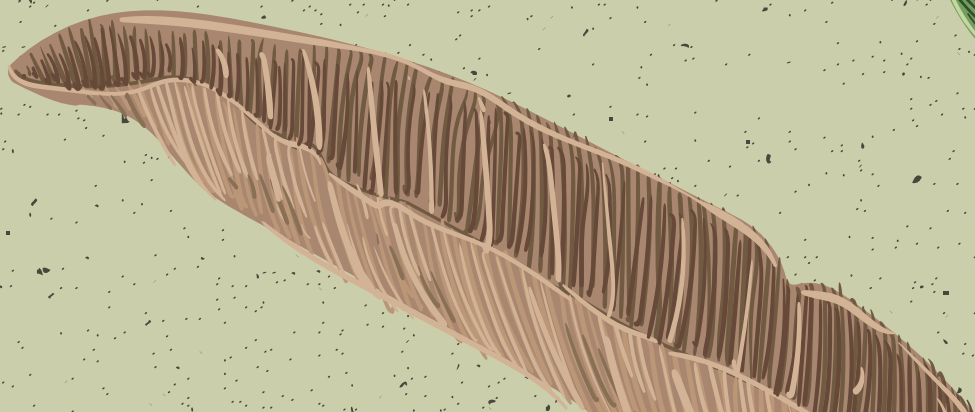
Solo miraron hacia arriba,

sintieron los ojos sobre ellos

y creyeron.



# PARTE I



# 1

## Sesenta y uno

A Eco le gustaba imaginarse el miedo como una sombra. En días como ese, si se concentraba, podía verla vagando por el otro lado del río, ansiando abalanzarse sobre Gea en cuanto se diese la oportunidad. Tumbada sobre la hierba, la joven se esforzó por localizarla en el bosque que comenzaba a pocos metros.

—Ten cuidado o acabarás en el agua.

Aunque no había encontrado sombra alguna, prefirió advertirle de todas formas. Agachado entre la vegetación que crecía en la orilla, el niño bufó. Los mechones rubios que había intentado recogerse en vano detrás de las orejas le bailaron en el rostro.

—¿Y qué más da? —replicó, permitiéndose el lujo de ignorar la advertencia—. Hace calor y ni siquiera hay corriente.

—Pero sí piedras.

El viento arrastraba polen y aroma a romero; aun así, Eco solo podía oler el miedo cuando Dan tentaba a la suerte. Mientras él continuaba desliziéndose entre las plantas y tomándose su tiempo en inspeccionar cada una, la chica estiraba los músculos. *Relájate, respira hondo*, se repetía, tratando de conectar consigo misma. Pero en su interior no encontró calma, solo una preocupación afilada: la sombra estaba cerca y pronto los alcanzaría.

—¿Qué tal las clases de hoy? —se interesó, con tal de distraerse.



—Han durado más de lo normal. Estamos viendo mucha biología.

Eco sabía de sobra que no lo decía a modo de queja.

—¿Y por eso esa fijación repentina por las plantas?

—No. Es que estoy buscando algo para mi madre —le explicó conforme toqueteaba los numerosos tallos.

Eco no hizo más preguntas. Tras oír el último crujido de su espalda, soltó un suspiro de satisfacción. Acto seguido, se puso en pie para quitarse las vendas y el pantalón que usaban cuando salían a cazar.

Dan supo que la chica había saltado al río por el sonido. Dejó pasar unos segundos antes de preguntarle:

—¿Te has acordado de traerme el cuchillo?

—Sí, de casualidad —admitió ella—. Lo he cogido del cobertizo del huerto antes de venir.

—Ah, ¿hoy también os ha tocado ayudar con el cultivo?

—No sé si *ayudar* es la palabra —matizó ella, jocosa—, pero sí, hemos estado cargando la cosecha hasta las cocinas. Los hortelanos siguen odiando que entremos en los campos. Supongo que es comprensible: yo tampoco le dejaría mi lanza a ninguno de ellos.

—Es normal que no confíen en tus dotes agrícolas. Yo no lo haría.

Eco hizo una pausa dramática antes de responder:

—¿Acaso quieres que te tire al río?

—No se te ocurriría. Recuerda que hay piedras peligrosísimas.

Ella se rio, aunque, sin darse cuenta, se descubrió girándose para inspeccionar el otro lado de nuevo. El nudo en el estómago solo se agrandaba. A su alrededor, sentía el agua más fría y espesa. Sin ni siquiera volver a hundirse hasta la cabeza, apoyó las manos en la superficie arenosa y se impulsó hacia fuera.

—¿Ya sales?

—Sí —contestó sin dar más explicaciones.

A Eco le hubiese encantado quedarse dentro del agua hasta que las manos y los pies se le hubiesen llenado de arrugas. Sin embargo, pensar en la sombra se lo impedía. La barriga de Renera estaba a punto de estallar, y ella no quería estar a merced del río cuando la mujer diese a luz.

Se tumbó sobre la hierba y disfrutó de cómo el Sol se bebía las gotas que le resbalaban por la piel. Aquel rincón junto a la senda que conducía al templo era su lugar favorito, y poca gente de la aldea solía pasar por él.

Fue justo allí donde ambos se habían quedado a solas por primera vez. Varios años atrás, la madre del niño lo había llevado hasta la orilla para que tomase un baño muy cerca del lugar donde Eco había estado reposando con otra aldeana. Esta lo había visto quejarse y pedir quedarse más tiempo, y la madre se había negado al no querer dejarlo solo, porque tenía cosas que hacer.

Esto había sucedido no una, sino en varias ocasiones, hasta que Eco había decidido proponerle que el niño se quedase con ella tras haberle prometido que no lo perdería de vista ni un segundo. La madre había dudado, pero Dan había asentido con tanto ímpetu que no había encontrado el valor para negarse. *Eco es muy fuerte y de confianza*, se había dicho la mujer mientras se alejaba.

Desde ese día, solían quedar en ese mismo sitio: él le contaba lo que aprendía en las lecciones y ella se sorprendía por la pasión y la curiosidad que le producía descubrir cosas nuevas. Por su parte, la joven siempre narraba las visitas al bosque con emoción. A él, que había nacido sin el sentido de la vista, le fascinaba imaginarse los animales que ella le describía.

Pese a la diferencia de catorce años, Dan se había convertido en una de sus personas favoritas.

—Por cierto, también he robado algo de fruta, ¿quieres algo?

Tras notar un rugido en el estómago, Eco se había despegado de la hierba para acercarse a una bolsa marrón.

—Vamos a comer pronto, prefiero esperar. —El niño parecía tan concentrado escudriñando las plantas que Eco prefirió no insistir. Veinte segundos después, Dan dio un salto—. ¡Esta sí! Es perfecta.

—Que sepas que has elegido la más fea de todas las que has tocado.

Haciendo caso omiso a su burla, el niño siguió arañando el largo tallo. Entretanto, Eco le asestó el primer mordisco al melocotón, y eso hizo que el líquido brotara y le cayera por las comisuras de los labios.

—Es justo lo que buscaba —celebró Dan tras levantarse. Ante el silencio de su compañera, le explicó—: Es que a mi madre se le ha vuelto a romper una de las tiras del tambor.

—¿Y por qué no vas al taller? Seguro que tienen de sobra.

—Porque esas se estropean cada dos por tres. Son muy finas, pero se empeñan en seguir usándolas aunque tengan que cambiarlas todo el rato. Estoy seguro de que algo así aguantará mucho más.

La joven miró con asombro al niño y sonrió para sus adentros. Le encantaba seguir descubriendo cómo había desarrollado la inteligencia y el ingenio que ella había suplido con velocidad y valentía.

—Vas a ser el mejor constructor de la aldea.

—Ojalá. —Se agachó para inspeccionar la base del tallo y apuntó hacia la dirección en la que intuía que se hallaba la chica—. ¿Podrías pasarme el cuchillo?

Eco, que aún no había vuelto a sentarse, se dio media vuelta para alcanzar la bolsa. Antes de que pudiese encontrarlo, un sonido estridente inundó la escena: se trataba del cuerno de la Jefa.

—¡Hora de comer! —anunció Dan, entusiasmado, tras el primer soplado.

Cuando el cuerno volvió a retumbar, una sospecha asaltó a Eco. La joven se colocó la mano en la frente para descubrir la posición del Sol. *Aún está demasiado bajo*, pensó.

—¿Me das el cuchillo o prefieres que vengamos luego?

La repentina obsesión por el sonido fue la culpable de que ella no le respondiese. Dos veces al día, tres soplos cortos se esparcían por la aldea con tal de avisar de que la mesa estaba servida. Si el cuerno sonaba una sola vez de manera prolongada —tanto como los pulmones de la Jefa aguantasen—, significaba que algo urgente había ocurrido y que los habitantes debían abandonar sus tareas para reunirse en el núcleo. Existía una última combinación: diez soplos seguidos indicaban un nacimiento o una muerte repentina.

Diez soplos que daban la bienvenida a un nuevo período.

Con un mal presentimiento, la chica dirigió la mirada al bosque tras el tercero. Deseaba que Dan tuviese razón y que tan solo se tratase de la hora de comer; aun así, se le tensaron los músculos al imaginarse a la sombra.

El cuarto soplo confirmó sus sospechas.

—Renera ha dado a luz —murmuró para sí misma.

Ya no eran sesenta y un habitantes, sino sesenta y dos. El pacto con el universo que les protegía y velaba por ellos se había roto de nuevo. La sombra no era real, pero el temor sí. Antes de que llegase el quinto,

Eco se agachó frente a Dan, que había enmudecido al comprender lo que estaba pasando.

—Sube.

Para cuando terminó el sexto, la joven ya huía de la orilla con el niño a la espalda y con la bolsa de fruta en la mano. En su camino al centro de la aldea, vio a varios habitantes que también corrían hacia sus hogares.

Eco era la más rápida de toda Gea, y por eso el noveno soplido los pilló casi entrando en su cabaña.

—Estamos a salvo.

Trató de transmitirle tranquilidad a Dan. Sin embargo, ella parecía necesitarla más que él. Sabía de sobra que ningún lugar les garantizaba seguridad, aunque al menos allí no se hallaban tan expuestos a la Tierra.

El niño la buscó con los brazos: era incapaz de sentirse desprotegido cuando tenía a la chica cerca. Una vez que se apoyó en su pecho, se dio cuenta de lo rápido que le latía el corazón. Más convencido que ella, repitió:

—Estamos a salvo.

Cuando el cuerno dejó de sonar, el miedo cruzó el río.



Eco no quiso entreabrir la cortina pese a la semioscuridad. No podían hacer fuego, así que encender velas tampoco era una opción. Por lo tanto, no les quedó más remedio que conformarse con los rayos que se colaban por los agujeros de las paredes, construidos con ese mismo fin.

Enseguida se alegró infinitamente de haber podido coger la bolsa con las frutas recién recolectadas; no tenía comida en la cabaña y no

volverían a salir hasta el ritual de la noche, donde le pondrían fin al período.

—Ten, come un poco —le dijo a Dan al ponerle una manzana en la mano.

—¿Puedes pelarla?

—No seas delicado y cómetela a bocados.

—Es que es muy incómodo —se quejó él—. Aún sigues teniendo el cuchillo, ¿no?

Eco se quedó meditando desde el suelo. Después, se encogió sobre sí misma.

—Prefiero que evitemos el cuchillo por ahora. Cualquier precaución es buena durante los períodos oscuros. ¿Acaso tú no tienes ni una pizca de miedo?

—¿Por qué iba a tener miedo si en Gea nunca pasa nada malo?

—¿Y no te parece que se debe a que tenemos cuidado? Imagínate que aún siguiésemos caminando tan cerca del río —matizó ella justo antes de pronosticar—: Bajo estas circunstancias, una simple caída podría ser mortal.

Dan tragó saliva, pese a que no estaba oyendo nada nuevo. No le gustaba cuando Eco hablaba de las normas ni de cuán vulnerables eran en ocasiones como aquella, porque la voz se le apagaba más de lo habitual. Por eso mismo, decidió rendirse y abrió la boca para morder la manzana.

—Gracias por entenderlo —le agradeció ella conforme le acariciaba el pelo—. Prefiero no arriesgarme a terminar igual que mi padre.

—¿Tu padre?

—A Séphone le encanta contar esa historia, ¿de verdad no la conoces? —Ante la negativa de él, se aclaró la garganta—. Creo que pasó

cuando yo tenía ocho años. Una mujer dio a luz antes de lo esperado y el cuerno tardó un poco en sonar. Esa misma mañana, mi padre había cazado el ciervo más grande que yo había visto nunca. Me preguntó si quería quedarme las astas y le dije que sí. Mientras las arrancaba, escuchamos el primer soplido. Para cuando entendimos que se había iniciado un período oscuro, él no había acabado. Pero, claro, a mi padre nunca le ha gustado dejar las cosas a medias.

—¿Qué hizo?

—No solté el cuchillo y siguió cortando las astas. Y ¿sabes qué? Hoy en día es un hombre menos tozudo y con solo cuatro dedos en la mano izquierda.

El niño se quedó petrificado; no obstante, ella empezó a reírse por la situación.

—Eco, seguramente... fue una casualidad —titubeó.

—Las casualidades no existen en Gea, Dan —sentenció ella—. Cuando no somos sesenta y uno, el universo deja de velar por nosotros, así que la Tierra aprovecha para vengarse. No hay más.

Tras la historia y la advertencia, Dan apenas se había comido un cuarto de la manzana.

—Bueno, tendré más cuidado. Prometido.

Aunque no se tratase de su rincón favorito, ambos se quedaron charlando hasta que el Sol desapareció. Cuando Eco abrió la cortina y vislumbró a lo lejos el enorme fuego que ya protagonizaba el núcleo, se sintió a salvo por fin.

Porque sería el humo el que, como de costumbre, expulsara al miedo hacia el otro lado del río.

## 2 Adiós

El fuego y los tambores libraban una batalla por ver quién dominaba la escena; cuanto más fuerte sonaban, más alto ascendía el crepitar de la hoguera. El sudor brillaba en las frentes de aquellos que aporreaban la piel del instrumento mientras esas manos sedientas no estaban dispuestas a frenar. El espectáculo era maravilloso: una caricia que nunca llegaba entre el fuego y el cielo, animada y alimentada por la atención de los habitantes de Gea.

Sentados alrededor, coreaban una canción con la sincronía habitual. Los que no marcaban el ritmo de la música trataban de seguir con la mirada el baile de las llamas:

**La venganza selló la tierra,  
unificó el polvo,  
impregnó los árboles  
y agitó el río.**

**La venganza no alcanzó los huesos,  
no alcanzó al hombre  
de estómago blanco  
y oídos abiertos.**



Llevaban ya más de media hora con las rodillas hincadas en el suelo, pero en aquellas almas no había hueco para el cansancio. Aunque aún eran sesenta y dos, querían demostrar que su fe era más poderosa que el miedo. Sus voces recitando al unísono eran la prueba de lo mucho que veneraban a sus dioses.

**La venganza selló la tierra,  
unificó el polvo,  
impregnó los árboles  
y agitó el río.**

**Pero la venganza no vuela,  
sino que se arrastra por el suelo,  
pisada y dominada,  
por todo lo que está sobre ella.**

**Así que selló una tierra inútil,  
unificó un polvo ignorado,  
impregnó unos árboles inflamables  
y agitó un río saqueado.**

La venganza sobre la cual cantaban era la de la propia Tierra.

Porque Darell había prometido que en Gea siempre vivirían sesenta y un habitantes. Cuando eran uno más, Júpiter dejaba de protegerlos y entraban en un período oscuro como aquel, que por suerte solo había durado horas. Era su forma de evitar que la población se descontrolase, al igual que había ocurrido antaño.

Los dioses les habían explicado que la Tierra estaba llena de furia y deseo de venganza, así que aprovecharía su vulnerabilidad durante esa etapa para causarles el mayor daño posible. Esa era la razón por la cual no encendían fuegos innecesarios, no salían a cazar —puesto que suponía salir al peligroso bosque— o no se bañaban en cualquier parte del río, entre otras consideraciones.

—Júpiter, préstanos atención.

Todos callaron de pronto cuando la figura que acababa de hablar se puso en pie. A paso lento, la mujer se situó tan próxima al fuego que las pupilas se le tiñeron de un tono rojizo. Segundos después, se estremeció y no contuvo los gemidos de placer que le provocó aquel cálido aliento.

Estaban tan cerca...

Vestía una falda marrón que le llegaba hasta los tobillos. La desnudez de su torso estaba decorada con pintura. Rayas, puntos y líneas desordenadas lo adornaban desde la cintura hasta la barbilla. A partir de los labios, un trazo grueso y naranja escalaba hasta lo alto de su frente. El pelo, tan largo como cano, le cubría la espalda por completo.

El aspecto de los presentes a su alrededor era idéntico, a excepción de que la raya era azul en sus rostros. El naranja, color con el que representaban a Júpiter, pertenecía a la Jefa; para los demás, aquel tono que recordaba al espacio.

Tras unos segundos respirando de manera tan intensa que las llamas le arañaron el pecho, la figura gritó. Gritó durante tanto tiempo que era imposible no pensar que aquella mujer contaba con tres o cuatro pulmones. Gritó tan fuerte que su voz retumbó por toda Gea,

la Tierra y por todo el universo, deslizándose entre los planetas sin apagarse.

Y cuando su grito cesó, otra persona se puso en pie. Ella era la única que no iba ataviada como los otros; un vestido blanco le ocultaba las manos y los pies. Tenía la cara limpia, su expresión era serena y su mirada reflejaba ansia y deseo.

La protagonista de la escena destacaba en esa noche tan especial.

—¡Contempladla! —rogó la primera mujer—. Ya pareces una estrella, Frida.

Ambas se fundieron en un abrazo. Tras el gesto, sonó un «adiós» grave y los participantes del círculo lo repitieron.

La sexagésima despedida fue pronunciada por la Jefa. Entonces, la mujer del vestido blanco se situó de espaldas al fuego y tragó saliva. Aunque le temblaban las manos al recordar el dolor amargo que había sentido alguna vez con un simple roce, en esa ocasión, su piel reclamaba el ardor. Ansiaba notar la más pura viveza rodeándola y consumiéndola.

—Con sesenta y cinco años, en la novena luna del año, Frida decide abandonar Gea para convertirse en humo. —La Jefa prosiguió con su discurso después de acercarse a la mujer y ofrecerle una diminuta hoja, que se introdujo en la boca—. El fuego le permitirá romper su vínculo con la Tierra para llevarla hasta el universo. Acepten los planetas su voluntad. ¡Tocad más fuerte! ¡Cantad más fuerte!

Mientras tanto, Frida se movía con disimulo conforme la hoja le relajaba los músculos del cuerpo. Sentía cómo el alma se separaba lentamente de aquella cáscara con la que había cohabitado tanto tiempo. Estaba convencida de que con un solo salto sería capaz de volar y perderse entre la oscuridad y los cantos.

—Yo, Eurídome, descendiente de Darell y enlace entre Gea y el universo, entrego a esta mujer al fuego —continuó la Jefa— y le agradezco a todo aquello que nos rodea por dejarnos vivir y morir bajo su protección. Renera ha dado a luz al nuevo habitante al mediodía, pero ahora, bajo el cielo estrellado, volveremos a ser sesenta y uno. Un nacimiento por una muerte: esa es nuestra promesa. ¡Que mis palabras y vuestras voces sean escuchadas por Júpiter con la misma atención con la que Darell lo escuchó a él! Soleium.

—Soleium —corearon los demás.

Aquella era la señal de Frida, que asintió y apretó los puños: como los otros habitantes, había sido criada para disfrutar de ese momento. Sin apenas sentirse a sí misma, se ofreció al fuego. Las llamas engulleron el vestido blanco y le surcaron cada una de las arrugas. Era incapaz de gritar porque ya no podía controlar la mandíbula o el resto de los músculos.

El fuego era el premio para los seres puros como ella.

—Buen viaje, Frida.

Y, cuando el baile de las llamas hubo consumido su frágil cuerpo, el humo susurró el adiós número sesenta y uno.



Pasó media hora hasta que decidieron despedir al silencio. Tras levantarse del suelo y deshacer el círculo, algunos habitantes se dirigieron a las cocinas, aunque pronto volvieron al núcleo con verduras distintas y carne cruda. El día que celebraban la ascensión, improvisaban la cena después del acto, puesto que nadie podía ni debía cocinar durante el período oscuro.

—No las pegues demasiado o no se harán bien.

Junto a una modesta hoguera, Eco ensartaba trozos de ciervo en varillas muy largas para después situarlas sobre la parrilla. A su lado, otra mujer trataba de seguir su ejemplo.

—¿Así?

—Perfecto —le aseguró la más joven tras echar un vistazo rápido. De la brocheta pasó a su rostro—: ¿Ocurre algo, Lytte? Pareces triste.

La mujer, como avergonzada por el sentimiento, agachó aún más la cabeza.

—Voy a echar de menos a Frida. Pero sé que debería estar feliz... Al fin y al cabo, lo ha hecho por nosotros.

—Claro que sí. Además, ella fue quien decidió marcharse —sentenció Eco, concisa.

¿*Acaso hubiese tenido otra opción?*, pensó Lytte conforme asentía. Por supuesto, jamás se hubiese atrevido a pronunciarlo en alto.

Mientras terminaban de preparar parte de la cena, evocó sus primeras lecciones con la mujer que acababa de desvanecerse entre las llamas. Desde muy pequeña, había demostrado que dibujar era lo suyo durante unas lecciones en las que siempre había acabado con la mano y la muñeca izquierdas llenas de pintura. Por ello, al cumplir los catorce, la educadora de Gea la había destinado con Frida y juntas habían pintado las pieles de los habitantes para las celebraciones.

La noche del día siguiente, festejarían el nacimiento de la nueva criatura. Por primera vez, Lytte tendría que hacerlo sola.

Una repentina voz masculina consiguió rescatarla de la pena del recuerdo:

—Qué buena pinta.

—Se te veían las intenciones desde lejos, Levio —señaló Eco a la par que él se relamía los labios. Acto seguido, empezó a girar las varillas para que la carne se cocinase por el otro lado. Fue al acabar cuando apuntó con el dedo índice a una de ellas para advertirle—: Échale el ojo a cualquiera menos a esta, que es mía.

—Es justo la que yo quería.

—Pues qué pena —respondió ella con sorna.

El chico, de una edad similar a la suya, se irguió más de lo necesario para decir:

—Te recuerdo que estás hablando con el futuro Jefe.

—Y yo te recuerdo que estás hablando con la persona que ha cazado este ciervo.

—Eso es porque no me has dejado disparar a mí —le recriminó él con tal de salvar su orgullo—. Mañana veremos quién gana.

Continuaron hablando hasta acabar con toda la comida sobre la parrilla. Lytte tuvo que marcharse para asegurarse de que su hija pequeña comiese un poco, pero los otros dos se quedaron en el mismo sitio.

—¿Quién crees que será el siguiente? —La pregunta de Levio estaba cargada de intenciones.

En Gea tenían pavor por las muertes naturales, ya que ser sesenta habitantes también los despojaba de la protección de los dioses. Por esa razón, la mayoría solía abandonar la aldea una vez pasados los sesenta y cinco años. Cuando eran menos de sesenta y uno, hablaban de períodos grises, que al menos eran bastante más laxos que los períodos oscuros.

Pese a que los planetas seguían sin estar satisfechos en esos casos, no retiraban su protección al completo, ya que entendían que la culpa no era enteramente de ellos. Durante los mismos, solo se bañaban en

una zona concreta del río, encendían los fuegos justos y necesarios y reducían las salidas al bosque a una o dos por semana. El problema era su duración: iba desde los nueve meses hasta los años. Por eso mismo, preferían evitarlos a toda costa.

Frida le había comunicado a la Jefa su deseo de marcharse meses atrás. Entonces habían celebrado el Ritual de Antorchas para elegir al hombre y a la mujer que traerían al futuro sesenta y uno. La ascensión no ocurría hasta el momento en el que el bebé nacía: era la mejor forma de asegurar un período lo más corto posible.

—Por edad, debería ser Séphone, que ya tiene sesenta y seis —aseguró Eco. Tras buscarla entre el gentío y encontrarse con que era el centro de atención de un grupo numeroso, añadió—: Pero no se la ve con muchas ganas de irse todavía.

—Bueno, no tiene por qué ser ella. Alguna vez se han marchado otros más jóvenes tras haberse sentido débiles o enfermos.

—No parece que sea el caso de nadie ahora mismo, aunque quién sabe. —En la voz de Eco no había ningún atisbo de pena ni de respeto. Sin embargo, no era exactamente falta de empatía, sino practicidad: entendía la muerte como un proceso que debían cumplir para garantizar la protección de la aldea—. Tal vez estemos un tiempo sin bajas.

Lo cual implicaba que tampoco habría nacimientos. Esa posibilidad golpeó a Levio, cuya mirada se ensombreció pese a su proximidad a las llamas.

—Espero que no.

Y Eco, pese a conocer el motivo que teñía de dolor ese deseo, prefirió no decir nada. No era buena con las palabras de ánimo ni tampoco consideraba ese el momento idóneo.

—¡Un brindis por Frida!

La intervención repentina de la Jefa y madre de Levio la ayudó en su intento de esquivar el asunto. Los habitantes levantaron las jarras y se movieron alrededor de la hoguera principal con tal de chocarlas con los demás. Rebosaban júbilo: sus corazones se habían reencontrado con la tranquilidad después de las horas de angustia y miedo.

Todo el mundo abordaba a Eco para brindar. Había quienes se referían a ella como la favorita de los dioses, pues era el ejemplo de la fe bien llevada: siempre calmada, siempre dispuesta a ayudar al resto. Asimismo, el universo le había dado las piernas más veloces de la aldea y un don para la caza.

Tras varios minutos, Eco decidió acercarse a la única persona, además de los niños, con la que le faltaba brindar. Mientras se dirigía hacia él, se fijó en cómo los reflejos rojizos en su pelo castaño y en su barba se acentuaban con la proximidad al fuego.

—¡Soleium, Harold! —le dijo con la copa en alto.

Él la observó con desdén; en sus ojos no había chispa alguna. En vez de imitar su gesto o abrir la boca, se giró y se encaminó hacia las cabañas. Eco se quedó unos segundos con la mano alzada, arrepintiéndose una vez más de haber tratado de establecer contacto con el hombre.

Enseguida, sacudió la cabeza y apuró el contenido de la jarra. Luego miró hacia arriba. *No hay motivos por los que sentir pena hoy*, se dijo mientras sonreía.

El universo volvía a estar de su lado.



# 3

## Raíces

Eco se despertó por culpa del ansia, como si llevase semanas y no horas sin salir a cazar. Era adicta a la adrenalina que le provocaba correr, apuntar, competir, ocultarse, aguantar la respiración, matar. Sentía que por cada criatura a la que le arrebatava la vida, una pequeña herida se abría en el orgullo de esa Tierra a la que odiaba con todo su ser.

Apartó la cortina de lino blanco que evitaba que la cabaña se llenase de la arena que el aire arrastraba por las noches. Lo hizo de golpe, con la falta de tacto que solía acompañar cada uno de sus movimientos y descubrió cómo, una vez más, el bajo se había ensuciado con el albero húmedo de la entrada.

Apenas había amanecido por completo, por lo que el naranja pálido y el azul no tan oscuro se entremezclaban para darle los buenos días. No obstante, Eco no se paró a observar el paisaje: el único cielo que se permitía admirar era el nocturno. Las estrellas refulgían lo suficiente como para que los dioses demostrasen lo muy por encima que estaban de la Tierra, quien sobrevivía solo porque el Sol decidía enfrentarla a ratos. De ese modo, cuando la oscuridad llegaba, aquel pedazo de terreno no valía la pena. No había colores ni brillos.

Sin el universo, la Tierra no era nada; y Gea era la prueba de ello.

Eco se dirigió hacia ninguna parte, con la lanza en una mano y dos prendas de ropa y unas cintas en la otra. Aún llevaba el vestido blanco que usaban durante el día.

Normalmente, no solía madrugar; de hecho, era habitual que alguno de los cazadores tuviese que pasar por su cabaña para despertarla porque no se había presentado en el lugar de encuentro. Pese a eso, aquel día se había desvelado por una pesadilla que ya no recordaba y no había podido volver a dormirse. No soportaba estar quieta, así que prefirió caminar; como siempre, sin apenas apoyar el talón en el suelo. Tras solo unos pasos, triunfaron sus ganas de correr.

Entre los dos puntos más alejados de Gea no había apenas una hora. En el centro estaba el núcleo, que no solo era una de las zonas más estratégicas debido a su elevación, sino que el suelo era muy plano y cómodo para colocar sillas y mesas. Alrededor de este, las cabañas se situaban en diferentes niveles según se comportase la geografía.

Había dos tipos: las individuales y las familiares. La norma era que las parejas que traían al sesenta y uno se mudasen a las cabañas con tres camas: una para él, una para ella y otra para el bebé. Vivían allí hasta que el pequeño cumplía ocho años y pasaba a dormir en una cabaña individual, como el resto. Tras ese evento, la misión de la pareja se daba por finalizada, por lo que ellos se mudaban también. Nada de amor romántico entre los miembros, nada de historias pasionales: solo un propósito y un «hasta luego».

Eco no se había cambiado de hogar desde que se había mudado a una individual por primera vez. Tenía veinticinco años y hasta los treinta y cinco podía ser elegida madre. Aunque era consciente de que algún día ocurriría, no sentía que la ocasión estuviese cerca. De mo-

mento, era feliz en esa cabaña tan próxima a la ladera, donde podían encontrarse los árboles más frondosos de la aldea. Conocían el área como el Bosque de Darell, porque en el límite se vislumbraban las montañas medio derruidas que habían originado la leyenda.

Pese a estar más alejada, Eco prefirió dirigirse hacia el borde de la pradera. Apenas iba por allí, ya que era en la parte norte donde solía pasar el tiempo con Dan. Además, tirando hacia el este, se hallaba la gran pendiente que llevaba al templo, otro de sus lugares favoritos. En la subida, los troncos eran más largos y el suelo estaba plagado de rocas y arbustos.

Cuando el Sol alcanzó su máximo esplendor, la chica se acercó al punto de encuentro, aun sabiendo que sería demasiado temprano. Se obligó a no seguir corriendo porque se cansaría antes de tiempo, pero no tardó en caer en la tentación. Jamás había desobedecido una sola norma de los dioses o una orden de la Jefa; consigo misma, sin embargo, se permitía excepciones.

Tras llegar al puente y detectar algunas gotas de sudor que se le deslizaban por la mandíbula, decidió meter las manos en el agua para mojarse la cara varias veces. Luego, se quitó el vestido para ponerse el top y el pantalón ancho, ambos del mismo color oscuro.

El río nacía en alguna parte tras las cimas, aunque era imposible ver dónde. Desde allí, se dedicaba a rodear Gea desde el este hasta el oeste. Vista desde arriba, era un óvalo amorfo con muchas pendientes. La zona de la pradera y del templo eran las únicas que no estaban limitadas por el agua: bastaba con el precipicio que se extendía a lo largo de, al menos, dos kilómetros. Sin duda, los confines de Gea estaban muy bien definidos.

Eco miró al otro lado del río: ya no había miedo, solo un bosque inmenso desprotegido por los dioses. Más allá, donde la altitud del terreno descendía y ya no crecía ni un solo árbol, empezaba el polvo. Y nadie cometía el pecado de atravesar ese límite, tras el cual no había absolutamente nada.

Ni siquiera posibilidades de seguir con vida.

El bosque siempre había sido una excepción. La leyenda decía que Darell tuvo que rogarle a Júpiter para que les permitiese adentrarse allí. «Apenas hay animales en el territorio de Gea», había alegado. Era cierto. De hecho, cuatro generaciones después, estos habían desaparecido tras la caza tan asidua, por necesidad y por miedo a que atacasen las cabañas mientras dormían.

Al final, Júpiter y el resto de dioses habían aceptado que unos pocos pudiesen cruzar el río con este fin. Habían insistido en repetidas ocasiones en que los protegerían siempre que saliesen al bosque de día, pero jamás podrían pisar el polvo que se extendía desde la linde de este hasta rodear todo el planeta. Si lo hacían, su ira caería sobre ellos de la peor forma posible; incluso peor que cuando rompían el pacto por ser sesenta y dos.

Tampoco es que a ninguno de los cazadores les produjese la más mínima curiosidad acercarse allí. No solo porque lo prohibido jamás se les antojaba, sino porque les había bastado con verlo de lejos para saber cuán seco y muerto estaba.

—¿Eco?

Ella, aún agachada frente al agua, se giró para encontrarse con el rostro sorprendido de Levio.

—Llevabas años sin llegar la primera.

Se sentó junto a ella. Luego, en silencio, se envolvieron los pies con las cintas hasta atárselas por encima del tobillo. A simple vista, se trataba solo de una tela blanca que les ahorraba arañazos o cortes al adentrarse en el bosque; no obstante, la realidad era que la Jefa las bendecía en el templo para que los cazadores tuviesen una protección cuando atravesaban el río.

Ambos se pusieron en pie. Estando el uno frente al otro, la chica le colocó la mano en la nuca y Levio repitió el gesto. Así era como el gremio se demostraba lealtad: sostenerse las nuca les obligaba a mirarse con fijeza para prometerse compromiso mutuo. Durante los cinco minutos siguientes, aparecieron los tres miembros restantes, a quienes saludaron de la misma forma.

Las pupilas de Eco ya no eran las únicas que brillaban con ansia. Mientras pasaban el puente, todos parecían igual de emocionados. Porque derramar sangre era lo que les revolucionaba la suya. Derramar sangre era lo que les hacía sentirse dueños de una Tierra sumamente poderosa.

Una Tierra que, desde hacía varios siglos, estaba a su merced.



La respiración agitada por haber corrido y saltado entre los árboles, el barro que escalaba por las cintas hasta las rodillas, el sudor... Quienes trabajaban en las cocinas ya distinguían la llegada de los cazadores solo con el oído y el olfato. Los cinco se repartían el peso del ciervo sobre los hombros y eran la viva imagen del triunfo y el orgullo.

—¡Sentimos haber tardado! —gritó Levio—. No hemos parado hasta encontrar la bestia más grande.

Uno de los cocineros fue quien respondió:

—La celebración de esta noche no merece menos.

—Y algunas querían quedarse todavía más tiempo. —Leddea, la otra miembro femenina, clavó la vista en Eco.

—Parece mentira que aún no la conozcáis.

Mirlo, el hombre que acababa de hablar, solo tenía cuatro dedos en una mano. Además del más experimentado, también era el padre de Eco.

—¿Os importaría alabar mi resistencia después de que hayamos soltado al bicho? —intervino ella mientras se recolocaba la pieza—. Es que pesa y tengo hambre.

Tras una carcajada y varias sonrisas, todos se agacharon al mismo compás. El cuerpo del ciervo retumbó al chocar contra el suelo.

—Igual deberías entrenar fuerza y no correr tanto.

—Levivo, cuidado con lo que dices. —Tras erguirse, Mirlo continuó—: Tiene más músculos que tú.

Eco asintió y apretó el bíceps.

—Ya quisiera.

Si no fuese porque ambos estaban agotados, hubiesen hecho una exhibición. Esa lucha de egos era el pan de cada día: quién encontraría la pieza de caza, quién dispararía, quién sostendría más peso. Hacía unos años que Mirlo no competía contra ellos. «Ya estoy viejo», repetía, aunque sabía de sobra que tenía una de las mejores condiciones físicas de la aldea. Leddea se fijaba más en las zonas y en las técnicas, así que tampoco entraba en el juego. Y Reo, el último del grupo, era sin duda el menos silencioso o habilidoso, pero también el más fornido.

Los cinco, aún con las cintas en los pies, se despidieron para que los cocineros convirtieran cuanto antes a la criatura en un manjar.



El pelo de Eco se convertía en una capa negra pegada a la espalda para revelar el increíble largo de una melena habitualmente encogida en rizos. Siempre salía del agua con los brazos extendidos, queriendo aprovechar cada rayo que el cielo le brindaba. Era su momento de paz tras las guerras que libraba en el bosque, el momento en el que las piernas le latían, cansadas por el esfuerzo, hasta calmarse durante el baño. El momento en el que el cuerpo, del que tan orgullosa estaba, la hacía sentir poderosa.

—Soleium —susurró.

En el bosque, hablaba a gritos; con *ellos*, muy bajito. Porque así es como reafirmaba que, por suave que fuese, su voz podría atravesar un universo entero.

Se quedó inmóvil durante unos minutos y se concentró en la sensación de su piel secándose gracias al sol, que también deseaba incluir en su agradecimiento. Amaba notar la calidez también por dentro. Después del miedo del día anterior, los dioses habían vuelto, porque siempre volvían, y ahora la abrazaban y la protegían para hacer alarde de su presencia.

—Creo que ya estoy seca. —Lytte se apartó de la sombra del árbol para sentarse sobre la piedra habitual. La había estado estudiando con fijeza durante el baño, sintiendo también la magia de aquel reencuentro—. Ya tengo inspiración de sobra para todo el día.

Deslizó la yema del dedo índice por el cuerpo de Eco. Con pintura, trazaba líneas que le brotaban del pecho, le resbalaban por el hombro y le llegaban hasta la muñeca para rodearla. Una vez allí, los trazos continuaban hasta las uñas.

—Son raíces —le explicó Lytte—, y simbolizan el nacimiento de la nueva vida.

La más joven no pudo evitar levantarse para ver su reflejo en el río. Acto seguido, alzó las manos para observarlas más de cerca y siguió el recorrido de aquellas figuras hasta su punto inicial.

—Nunca dejarás de sorprenderme.

—Tampoco es para tanto.

El cuerno de la Jefa sonó para interrumpir la habitual modestia de la mujer. Sin que tuviese que pedírselo, Eco fue al agua para borrar los trazos que quedarían visibles con el vestido blanco; a la artista no le gustaba desvelar sus diseños antes de tiempo.

—¿Y piensas que necesitarás ayuda esta noche o podrás hacerlo sola?

—Me las apañaré —se limitó a responder Lytte.

Aún le costaba asimilar que Frida ya no estaba junto a ella. Apretó los labios, deseando contarle a su amiga que la noche anterior apenas había pegado ojo pensando en ella o que pocos minutos atrás, cuando le había dibujado en la espalda, había soltado un par de lágrimas.

Sin embargo, a Eco le costaría entender su dolor. Como cualquier otro habitante, le recordaría lo valiosa que era la muerte, lo feliz que debería estar de que la difunta hubiese ascendido a las estrellas.

En realidad, su mejor amiga insistiría todavía más que cualquier otro habitante.

Por esa razón, decidió cambiar de tema. Le preguntó sobre la salida al bosque, le habló de cómo su hija había empezado a pintar durante las clases, al igual que ella de niña.

Justo antes de ascender hacia el núcleo, se toparon con Harold, quien parecía venir del templo. El chico de treinta y cuatro años cami-



naba con nerviosismo y sin levantar la vista del suelo. Ambas notaron cómo aceleraba el paso con tal de evitarlas.

—Ayer volví a tratar de hablar con él.

—¿Y lo conseguiste?

Eco negó con la cabeza conforme revivía el momento en el que el hombre le había dado la espalda. Aún no había sido capaz de distinguir qué se escondía detrás de su mirada. ¿Asco?, ¿pereza?, ¿arrogancia?

—No sirve de nada intentarlo, es un caso perdido. Apenas habla con nadie desde hace años. Tampoco nos saluda cuando nos cruzamos en el huerto. Ni siquiera vendría a las cenas o a las celebraciones si no fuese porque la Jefa lo obliga —sentenció Lytte mientras lo observaba alejarse—. Es que no lo entiendo, ¿de qué le sirve ir al templo si luego actúa tan distante con nosotros?

—Al menos habla con los dioses. Tal vez es su manera de no estar solo.

—Sigue resultándome absurdo —insistió Lytte—. Si está solo es porque él quiere.

—Bueno, ya sabes por lo que tuvo que pasar...

La mayoría de los habitantes creían que Harold despreciaba a toda la aldea y que iba al templo para ahorrarse cualquier contacto con los demás. La teoría de Eco era que simplemente se había cansado del lugar que le había arrebatado tanto. Durante los últimos meses, había puesto más empeño en integrarlo, ya que estaba segura de que los sesenta y uno debían estar unidos, pues eso es lo que Júpiter quería para ellos.

Sentía lástima por él, sentía que aún podía ayudarlo. A pesar de eso, al alejarse, recordó sus pupilas vacías y llenas de odio junto a la hoguera.

Y ya no supo qué sentir.

CUENTA LA LEYENDA QUE JÚPITER, AL COMPRENDER EL PELIGRO QUE REPRESENTABA LA HUMANIDAD PARA EL UNIVERSO, DECIDIÓ DESTRUIRLA; SIN EMBARGO, LO QUE EL AUTOPROCLAMADO DIOS NO ESPERABA ERA QUE UNA MINÚSCULA PARTE DE LA TIERRA QUEDARA INTACTA. **ASÍ, ENTRE GRITOS DE JÚBILO Y EL SILENCIO DE LAS MUERTES, NACIÓ GEA.**

EN LUGAR DE ACABAR CON ELLA, LES IMPUSO DOS NORMAS A LOS SUPERVIVIENTES: **SIEMPRE DEBÍAN SER SESENTA Y UNO Y NUNCA DEBÍAN ABANDONAR EL TERRITORIO SAGRADO.** SOLO DE ESA MANERA GOZARÍAN DE SU PROTECCIÓN.

PERO, A VECES, LAS REGLAS ESTÁN PARA ROMPERSE, Y ECO, QUE SALDRÁ ELEGIDA COMO MADRE EN EL RITUAL DE ANTORCHAS, PRONTO DESCUBRIRÁ **UNA MALDICIÓN ESCRITA EN SANGRE QUE LE IMPEDIRÁ CUMPLIR EL DESEO DE LOS DIOSES.**

17,70€ • [roomieediciones.com](http://roomieediciones.com)



9 788412 588620